

BRAULIO RIVAS

LA ISLA  
INCIPIENTE



Áurea Ediciones

# I

Allá afuera solo existía el viento.

O al menos fue lo primero que existió. Luego estaba el mar, las hojas y los montes colmados de un verde al que no llegaba más el brillo del sol. Finalmente, enceguecida por el viento, Lin acabó por olvidar su sueño, en el que una mujer de cabello rojo le daba las gracias.

Luego todo fue haciéndose más claro. Muy pronto recordó quién era y dónde estaba: una niña apenas despierta en el regazo de su madre, mecida en el vaivén de la carreta que los llevaba sin prisa, serpenteando por los caminos del noreste de Taiwán. Lin se incorporó lentamente para no despertar a su mamá, que dormitaba intranquila, apoyada en su equipaje. Su padre estaba despierto, sentado en una postura incómoda y absorto en sus cartas. Llevaban varias horas en aquella carreta, con la esperanza de llegar a algún pueblo antes de que cayera la noche. Sin embargo, la inminente oscuridad obligó a su padre a abandonar la lectura, consciente de la hora y sobándose la espalda con una mueca de dolor. Preguntó al cochero cuánto faltaba para llegar a

Jiufen; no había acabado de hablar cuando unas gotas cayeron sobre sus cabezas. Malas noticias, rio el hombre. Al parecer demorarían más de lo previsto.

Llegaron a la posada en medio de un oscuro diluvio, con los zapatos embarrados y sujetando apenas las valijas que los habían acompañado por las dos semanas que habían pasado en busca de las tierras de sus antepasados. Se erguía frente a ellos un edificio rojo de tres pisos con un farol solitario que alumbraba débilmente el camino entre la vegetación. Una mujer encapuchada salió a recibirlos y los ayudó con su equipaje. Poco después, ya secos y acomodados en sus camas, los recién llegados descansaban en la tranquilidad de la habitación, arrullados por el rumor lejano del mar...

Pero Lin no podía dormir. Quizá aquella siesta le había quitado el sueño, caviló al acercarse a la ventana. Afuera, la lluvia había dado paso a un cielo estrellado: una media luna destellaba en el mar e iluminaba el costado de una roca enorme que interrumpía la línea del horizonte, que Lin no había visto al llegar. El edificio se asomaba al borde de un acantilado, y desde aquella ventana se dominaba completamente el panorama; pero aquella mole, emplazada en silencio junto a la línea de la costa, se erguía casi a la misma altura que su ventana. Luego de observarla un momento, Lin descubrió unos toscos escalones de piedra que dibujaban un camino serpenteante, desde la roca hasta el acantilado en donde ella se encontraba. ¿Qué había en aquel lugar?

Antes de darse cuenta, ya estaba vestida, con la brisa marina alborotando su cabello oscuro, siguiendo un viejo sendero hasta el inicio de los escalones, para remontarlos hasta la cima. Desde donde estaba, podía apreciarse con claridad la posada, pero el camino se veía más largo de lo

que le había parecido al recorrerlo. Aunque allí arriba no había nada más que rocas y plantas silvestres, Lin se sintió abrumada por el peso obstinado de las estrellas: parecían cortantes, cercanas, como si amenazaran con venirse encima en cualquier momento. Bajo aquel brillo extraño, de pronto advirtió que ya no veía la luna por ningún lado. Sorprendida de haber perdido la noción del tiempo, se disponía a volver, cuando su pie derecho se hundió en el agua del mar: la marea había subido, cortándole la retirada. ¿Tanto tiempo había pasado? Ofuscada por el brusco devenir de los acontecimientos, volvió a tientas sobre sus pasos hasta la cima; extrañamente, la tenue silueta de la posada parecía ahora más lejana. Era imposible, por supuesto... pero nada pudo hacer aquella niña frente a la costa que se fue empequeñeciendo cada vez más, como un pájaro que se pierde en la distancia.

En un abrir y cerrar de ojos se halló sola en medio del océano, la roca convertida en un pequeño islote bajo la luz fantasmal de constelaciones irreconocibles. Muy pronto la negrura se cernió sobre ella y la hizo tumbarse de espaldas, alcanzada al fin por el cansancio acumulado de tan largo viaje.

Al despertar con el nuevo día vio que la gran roca bajo sus pies ahora era parte de una verde colina, en un paisaje desconocido que se extendía en todas direcciones.